



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE JUNIO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La avalancha incongruente

UNA CARRERA SINGULAR
OLGA DE LEÓN G.

"Corre, corre, corre. ¡Que no te alcance...!" Y, ella corría cuán rauda y veloz podía; el viento iba detrás, como impulsándola, queriendo ayudarla; no detenerla, ni tumbarla. ¡Hasta el viento era su aliado! ...La voz dejó de gritar, ya no era necesario que lo hiciera. El barullo y alborozo acabó. El silencio se impuso y la distancia se hizo casi infinita; jamás sería alcanzada, no ahora, ni en mucho tiempo más.

Pasaron más de diez años; la niña de once creció, todo fue amor, paz, estudios, diversión y alegrías en familia y con amigas... Y, un buen día, se hizo adulta. Había olvidado aquella extraña experiencia, esa carrera única, casi increíble y que ya no recordaba, se volvió un sueño muy pesado y perdido, una pesadilla que cuando la vivió, rogó porque jamás volviera a experimentarla. Hasta entonces, el mundo y la vida fueron buenos con ella por un largo período. Esa carrera desapareció de su memoria, no se repetiría, ni la recordaría; hasta hoy, cuando estaba cumpliendo veintiún años; llegaba a la edad adulta.

Era muy temprano, recién amaneciendo el día. Se despertó porque la alarma de su radio reloj se encendió. La había puesto a las seis de la mañana. Era un viernes y tenía clases en la facultad. Salió de la recámara y ya la esperaba su hermano, para desayunar e irse ambos a la Ciudad Universitaria, él manejaría. Así que a las siete ya estaban en la cocina: papás y hermanos salieron de sus cuartos y con una gran sonrisa, empezaron a cantar las mañanitas; luego abrazos, besos y buenos deseos. Se despidieron y cada uno siguió su camino y su rutina (a bañarse, otros a vestirse, o solo a lavarse los dientes, y salir a esperar el transporte escolar); Mary, la chica del aseo: a sus quehaceres; mamá recogería la cocina y se pondría a alistar lo necesario para la comida; papá volvería a acostarse, estaba enfermo, convaleciente de cirugía.

Por fin salí. Mi hermano estaría desesperado con la camioneta encendida, solo para arrancar en cuanto yo me subiera.

Pero, qué era lo que yo veía. Casi me desmayo. La calle estaba sola, realmente sola. No solo nadie me esperaba, sino que tampoco había construcciones, ni otros autos, ni gente a la vista. Con precaución y muy despacio, me di la vuelta, miré de donde yo había salido: Ya no estaba la casa, ni el porche, ni las casas de los vecinos: todo era un total y absoluto vacío... Las lágrimas rodaron de mis ojos, sin que pudiera contenerlas, tampoco sabía por qué lloraba, creo por miedo y porque me sentí desamparada.

Entonces, quise gritar, pero la voz no me salía. Además, a quién o quiénes les gritaría. Y, de nuevo, aquella voz que me gritó hace diez años: "Corre, corre, corre, no te detengas", sonó muy fuerte en mis oídos. Solo que ahora no me gritaba que corriera, sino que no me moviera: "Ni un ápice, no te muevas... Si te mueves, te mueres".

No el miedo, sino el terror se apoderó de mí. Y allí me quedé. No sé cuánto tiempo estaría inerte e inerte, pegada al suelo. Solo sé que se hizo de noche y en el cielo no aparecieron las estrellas. Era un cielo negro y tenebroso. Me quedé



plantada como árbol, pero sin ramas ni follaje. Nunca supe cuántas horas, días o meses o años habré permanecido así. Hasta que un ave pasó muy cerca de mi cabeza y algo me susurró, luego soplo el viento y me refrescó la memoria. Me dijo que no me asustara, que aún no era mi tiempo de partir, pero que las hadas y los duendes y magos me estarían poniendo a prueba... A prueba de qué, alcancé a contestar.

Y siguió pasando el tiempo, mis piernas se doblaron: primero caí de rodillas y aproveché para elevar mis ojos, implorando al cielo clemencia y a Dios una respuesta. Nadie me contestó. Yo, que hacía mucho no rezaba ni iba a la iglesia, recé por horas: Padres Nuestros, Aves Marías y el Credo. Dicen que lo que bien se aprende, nunca se olvida: pude comprobarlo. Muchos años después, un hijo bien amado, al que le pregunté que cómo era que se había vuelto un fervoroso creyente, si yo no los formé así, me contestó: Mamita, cuando el demonio se te presenta y quiere apoderarse de tu alma y tu mente, haciéndote ver lo que no existe y empujándote hacia lo malo, o escuchando voces que nadie más escucha, tu corazón y hasta tu lógica te dicen que busques a Dios. Para entonces, yo ya era madre y había sufrido por mis hijos varios sinsabores...

En fin, a los veintiún años tuve el segundo reencuentro con mi espíritu atormentado desde pequeña. Y creo que pasé las pruebas del destino. La luz se hizo y mi hermano me sonrió desde el volante y con la mano me dijo: ándale, súbete que no quiero que lleguemos tarde a la Ciudad Universitaria: Me dejó frente a la Escuela de Filosofía y él se fue a la de Ingeniería Mecánico-Eléctrica.

Qué años aquellos, llenos de sueños, pero también de pesadillas.

FIGURACIÓN DESFIGURADA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La noche anterior, le marqué a su casa. Hablamos dos horas, como tórtolos enamorados. Le leí poemas de amor de Pablo Neruda. (Ahora, más de treinta años después, me pregunto si Daniela se quedaba dormida con el auricular del teléfono en la mano. O tal vez no: quizás estaba atenta). Nos despedíamos cerca de las dos de la mañana y yo bajaba a la biblioteca de mi Padre a escribir mis intentos de artículos de investigación. Creo que ese es el nombre correcto para llamar a aquella prosa estudiantil y desvelada.

Sobre estos temas de economía, en realidad solo tenía un interlocutor: mi amigo Darío, seis años mayor que yo, y para entonces un economista y empleado del sector público federal trabajando en la Ciudad de México, quien de pronto regresaba a Monterrey durante algunos fines de semana. Venía cada vez con menos frecuencia: habíamos dejado de compartir tantas cosas. Debo decir que muchos temas e ideas económicas las aprendí de él en los cafés.

A las siete de la mañana era posible que yo siguiera despierto, trabajando frente a la computadora en mis artículos o tesis, en un procesador de palabras que escribía ecuaciones. Se llamaba ChiWriter. Fue anterior a LaTex e incluso al Word que integró un editor de ecuaciones. Me lo compartió Darío, Supongo que algún profesor, recién llegado del doctorado, se lo pasó a él.

A las siete de la mañana le marcaba a Daniela para pedirle que nos viéramos en el centro, quizás en el Sanborns de Morelos, donde desayunábamos. Yo llegaba sin dormir y ella un poco desmañada. De ahí nos íbamos a algún

hotel barato, cerca de la calle de Madero, donde pasábamos unas horas o incluso el resto del día.

Encerrados en la habitación como en un laboratorio sin ventanas, nuestros cuerpos trazaban: dibujaban curvas de oferta y demanda sobre las sábanas revueltas, ajustando variables con la precisión de un experimento que no admite control. Cada roce era una inversión de alto riesgo, cada suspiro, una fluctuación en el mercado de valores. El tiempo, suspendido como una burbuja especulativa, se inflaba con ecuaciones que solo nosotros sabíamos resolver: termodinámica de piel, algoritmos de deseo y una inflación emocional que desbordaba los límites del modelo. Al caer la tarde, el capital simbólico acumulado en nuestras miradas bastaba para fundar una nueva teoría del valor.

Al oscurecer nos despedíamos. Tomaba ella un camión hacia su casa y yo a la mía. O era posible que, para entonces, hubiese acordado encontrarme con Darío en algún café del centro. Tal vez en el Vips de Morelos. Hablábamos de sus compras de discos de música clásica, modelos de crecimiento endógeno, y su tesis. Yo le hablaba de la mía. Cada vez conversábamos menos de poesía. No era un tema que a mí me atrajera mucho ya, excepto Neruda.

Pero Darío estaba obsesionado con Mallarmé, Paz, Pessoa y algunos otros. Había escrito un poema largo, incompleto, que deseaba terminar. Tal vez influido por su amistad con un escritor regiomontano mucho mayor que nosotros, estaba convencido de que Monterrey tenía como destino convertirse en una ciudad imponente en el mapa de la historia mundial. Creía que la belleza y el comercio se encontrarían felizmente en la ciudad.

Del café, Darío y yo nos movíamos a un bar decrepito, como al del Sanborns de San Agustín. Bebíamos cervezas y vampiros. De ahí nos íbamos a Chipinque, a su recámara en la enorme casa de sus padres, donde la madrugada nos recibía como una página en blanco donde escribíamos con tinta tibia y silencios compartidos. Nuestros cuerpos, versos que se buscan en un poema aún sin título, se entrelazaban en una sintaxis de tacto y aliento, donde cada pausa era una coma suspendida entre latidos. Nos explorábamos como quien descifra un manuscrito antiguo, con reverencia y asombro, sabiendo que el significado no está en las palabras sino en el ritmo con que se pronuncian. Afuera, el mundo seguía su curso, pero dentro de esa habitación, el tiempo se plegaba como papel y nosotros éramos la metáfora que lo sostenía.

La vida continuó por algunos meses, hasta que Darío descubrió mi relación con Daniela: no se enojó, simplemente decidió dar por terminada la nuestra. Brindamos largamente en un bar y cuando venía a Monterrey, ya no era para verme a mí. Comenzó un nuevo romance con una joven que había estado siempre enamorada de él.

Desquicié mundos privados, sin problemas: aquellos tiempos fueron la avalancha que sembró el fuego de mi vida.



Truman Capote

(Truman Streckfus Persons; Nueva Orleans, 1924 - Los Ángeles, 1984) Novelista estadounidense. Pese al carácter profundamente realista de su obra, combinó en sus narraciones el misterio y el refinamiento literario, poniendo de manifiesto las oscuras profundidades psicológicas del sistema norteamericano a través de caracteres inquietantes, como en el caso de *A sangre fría* (1966), la más famosa de sus novelas.

Escritor precoz, desde muy adolescente había comenzado a perseguir historias para, como él mismo diría, paliar la soledad de su infancia. A los dieciocho años entra a trabajar en el *New Yorker* y a los veintinueve deja el periódico y publica un relato, *Miriam*, en la revista *Mademoiselle*, que atrae la atención de los críticos y es seleccionado para el volumen de cuentos del premio O'Henry de 1946.

Después del galardón, y tras haber conseguido que se hablara de su estilo "gótico e introspectivo" y de la influencia de Poe en sus cuentos, Truman Capote escribe, durante dos años, *Otras voces, otros ámbitos* (1948). Esta novela impresionó más por su abierto planteamiento de las relaciones homosexuales que por sus verdaderos méritos literarios, y por sus reflejos autobiográficos más que por su delicada exposición de las vivencias infantiles: un niño solo, Joel, que busca a su padre en el profundo Sur y termina por elegir a un transvestido como figura paterna. En esta su primera novela, Capote fue comparado con *Alain-Fournier*, el autor de *El gran Meaulnes*, por su peculiar objetivación poética del mundo de la infancia, por su atmósfera lírica y por su exaltación de la naturaleza.

Vinieron luego los años de sus viajes y de residencia en Italia, Grecia y España; visitó también la Unión Soviética. Durante la década de los cincuenta publica insuperables entrevistas en *Playboy* y termina una de sus novelas más deliciosas, *Desayuno en Tiffany's* (1958); tres años después de su publicación, Blake Edwards dirigió una excelente adaptación cinematográfica protagonizada por Audrey Hepburn. El relato gira en torno a Holly Golightly, una joven sofisticada a quien el supuesto autor del relato (está escrito en primera persona) tuvo por vecina antes de convertirse en escritor famoso. Holly es una muchacha que vive su vida, sin tener en cuenta los convencionalismos sociales y dispuesta a conservar su libertad como sea. Le gusta vivir y vestir bien, para lo cual no tiene inconveniente en aceptar dinero de los hombres; fingiendo ser su prima, visita en la cárcel a un gangster, Sally Tomato, de quien más o menos inconscientemente hace de mensajera, y que le paga por ello 200 dólares cada semana.

Su interés por el periodismo y su intensa colaboración con la revista *New Yorker* lo acercaron a la disciplina del reportaje de investigación, lo que dio como fruto su célebre obra *A sangre fría* (1966), creadora del género de la non-fiction novel, que relata el caso real del asesinato de la familia Cutters.

Minuciosa reconstrucción de un crimen real (el despiadado asesinato de una familia de granjeros de Kansas), *A sangre fría* llegó a ser, tras su publicación, el mejor exponente de la novela-documento o novela-reportaje, y un claro ejemplo del nuevo género narrativo que diluye los límites del periodismo y la literatura.

A principio de los setenta, Capote comenzó a escribir la que sería su obra póstuma e inacabada, *Plegarias atendidas*. En 1975 publica *Música para camaleones*, un conjunto de relatos escritos con el magistral estilo de Capote, en los que luce con implacable lucidez en la poesía y el horror de la vida. Capote, tal vez uno de los mayores narradores del siglo veinte norteamericano, fue un maestro en el arte de la construcción imaginativa (tanto en el relato corto, reportajes o novelas), y sobre todo un poseedor de la perfección estilística. Su obra quedará al lado de las ya clásicas de William Faulkner, Eudora Welty y Carson McCullers.

ad pèdem literae

El cielo rara vez hacen que nazcan juntos el hombre que quiere y el hombre que puede

René de Chateaubriand

Letras de buen humor

Antes de negar con la cabeza, asegúrate de que la tienes

Truman Capote

Elmer Mendoza

El ejército ciego, de David Toscana

David Toscana crea en esta novela, *El ejército ciego*, una épica lúdica donde la desgracia adquiere nombres diversos y la vida de 15 mil ciegos es un ejemplo de adaptación y resiliencia que facilita su reintegración a sus familias y a sus oficios. Desde luego, algunas actividades modifican su control de calidad, algo que importa más bien poco. Por ejemplo, *Sondoc* el lector, o *Prémeld* el tallador, el ejército ciego mereció el Premio Alfaguara de novela 2026. El jurado dice que, "el autor crea una fábula oscura y poderosa alejándose del relato histórico convencional." Es una novela atmosférica donde el lector y la lectora experimentan un regreso a la juventud ante una aventura muy bien contada, donde queremos saber qué pasa con Kozaro el escriba, Zósimo sacaojos, el Apóstol espan-tapájaros o con Seráfim, el joven de ojos azules, que tuvieron una historia diferente. Queremos saber por qué "El hombre no es de donde nace... es de donde muere".

David Toscana nació en Monterrey, Nuevo León. Lo consideramos el maestro del capítulo corto y es dueño de una imaginación que siempre toca tierra. Se le considera uno de los creadores de la Narrativa del Norte que hace 30 años mostró un seg-

mento de la narrativa de México que cuenta el perfil cultural y lingüístico de una región. Salud maestro. En esta novela, Toscana da ejemplo de autorregulación en una ficción que podría alargar. Elige, entre 15 mil ciegos ciertos nombres y nos cuenta sus días y noches con sus familias. Consigue un efecto inesperado, porque a pesar de la narración de un hecho histórico y su crueldad extrema, no se siente pena por ninguno de los ciegos. Hay una cuidada elección de cada caso y la prestancia como se adaptan a sus nuevas condiciones. Me pregunto qué sentirá usted cuando conozca a Bromo, a Basilio Matabúlgaros, Gavril Radomir. Cuando sepa el caso del zar Samuel o del Numerista que cumplió un papel sobresaliente. De verdad me pregunto. ¿Cuál será su actitud cuando vea la denominación de los capítulos? No dudo que querrá brindar con David que en ese momento estará brindando con Sara.

Samuel envía un numeroso ejército a Constantinopla. Deben vencer al de Basilio. Pierden. Basilio ordena que les saquen los ojos, acción que convierte en espectáculo. Regresan caminando a su país, un trayecto donde cada personalidad aflora, incluyendo la del narrador que, en algún



David Toscana El ejército ciego

Premio ALFAGUARA de novela 2026

momento, percibirá el aroma de un guiso de lentejas quemadas que antes prefirió no probar. En Culiacán hay una especie de guerra, usted lo sabe, y casi todos los días somos estos ciegos de Toscana que no dejamos que nos gane la tristeza. Parte del juego del autor tiene que ver con la escritura y la presencia de un alfabeto que pocos conocen, que sólo Kozaro el escriba domina pero está ciego. Aún así, escribe. Se preguntarán qué pasa con los ojos. Ya verán. Creo que esto les gustará y una vez más querrán saber de David, de cómo ha logrado esa precisión rítmica y el manejo de los

perfiles que generan la sensación de que a esta novela no le falta nada. Ni le sobra. Ustedes saben que una buena novela es un mecanismo de relojería y que cada pieza solamente tiene un lugar.

Bueno David, esta novela te quedó con madre. Y usted lectora, lector, que desea un mundo sin ciegos y sin impertinentes, volverá a esa época en que leíamos novelas completas sin detenernos y lo que pasaba después eran momentos sin nombre. Abrazos, y si van a escuchar las vociferaciones de los políticos, primero escuchen su corazón.